UNO DE ELLOS

Dennis Rodriguez

Capítulo 1

UNO DE ELLOS

El sol fue inclemente luego de la llovizna, aun así, debía caminar un trecho más para llegar. El trayecto era un despoblado inerme. Casas de estructuras hermosas parecían acogedoras y apacibles. Pensaba que las variadas y vistosas construcciones se apropiaban de todas las bondades dejando afuera solo aire para respirar e intemperie.

Frente a la dirección referida, giró la manilla de la reja e ingresó a un lugar abierto. A pocos pasos encontró un banco de plaza y se sentó a descansar más bien escondiéndose del surco que lo llevó hasta allí. Se aflojó la corbata, reparó un poco en sus zapatos ahora de lodo y tierra luego del esmero de pulirlos.

Era un jardín hermoso, servía de antesala a la casa. La brisa adormecía con el susurro orquestado de su naturaleza: árboles enormes, arbustos bien cuidados, flores encantadoras y plantas coloridas. Pero su misión allí era más importante. Con su pañuelo se sacudió el polvo de su ropa y lo que pudo de los zapatos.

Tocó la puerta de la casa. La mujer le abrió cubierta con un paño desde el pecho hasta el principio de los muslos. Ella le miró el rostro, el cuello; él recordó el nudo flojo de su corbata, pero no le importó. La miraba con seriedad y ella sonrió, abrió un poco más la puerta y se hizo a un lado.

Con algunos pasos ya se encontraba adentro. Ella lo detalló mientras cerraba la entrada. La luz era escasa, sin embargo, pudo percatarse del enorme sofá donde ella se sentó. Él terminó de quitarse la corbata, lo metió en el bolsillo de su pantalón mientras se sentaba en una silla frete a ella.

— ¿Tiene sed? —

—Sí, por favor— Cerca una mesa con jarra y vaso. Ella sirvió y le dio. Lo observaba mientras él bebía.

—Así que Usted viene para…

—Sí. Lo acordado

— ¿Me permite?

—Claro, yo espero

Ella introdujo su mano bajo un almohadón del sofá. Sacó un paquete, lo colocó en su regazo descubierto por la escasa tela que apretaba su cuerpo.

La mirada del hombre solo perseguía el rostro de ella. Siempre tentado a fijarse más abajo de los hombros, arriba de las rodillas.

Sentada frente a él cruzó sus piernas con destreza, insinuando sin mostrar. Él imaginaba sin dejar de ver su rostro. Por algún motivo el bulto cae de su mano al intentar extendérselo.

El caballero presto lo busca, con una rodilla apoyada en el suelo escucha un chillido de ella. De súbito busca de nuevo su cara y recorre como si escalara, sin detenerse, su piel entera.

Ya nada la cubría y sus rodillas se encontraban separadas la una de la otra. Él encontró sus ojos, pero uno de ellos con un gesto le hizo olvidar su misión principal y se dedicó a otra.